ORACIÓN FÚNEBRE

QUE CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO

DE LA MUERTE DE

FELIPE II

PRONUNCIÓ EL

P. ZACARÍAS MARTÍNEZ NÚÑEZ

EN LA

Real Basílica de El Escorial.

13 SEPTIEMBRE 1898

Con aprobación eclesiástica.

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.
1898

Número extraordinario de La CIUDAD DE DIOS.
(13 de Septiembre, 1898.)

SUMARIO

I. **Oración fúnebre de Felipe II**, por el P. Zacarías Martínez Núñez.
II. **Felipe II en la leyenda y en la historia**, por el P. Francisco Blanco García.
III. **El carácter de Felipe II**, por el P. Jerónimo Montes.
IV. **Felipe II y la cultura española en el siglo XVI**, por el Padre Juan Mateos.
V. **La Iglesia y Felipe II**, por el P. Manuel F. Miguélez.
VI. **La Políglota Regia**, por el P. Félix Pérez-Aguado.
VII. **El Escorial**, por el P. Juan Lazcano.
VIII. **Felipe II y las Islas Filipinas**, por el P. Fermín de Uncilla.
IX. **Felipe II y Santa Teresa de Jesús**, por el Excmo. é ilustrísimo Sr. Obispo de Salamanca.

Se vende en la Administración del Real Monasterio de El Escorial.—Precio: **2 pesetas.**

ESTUDIOS BIOLÓGICOS

POR

EL PADRE ZACARÍAS MARTÍNEZ NÚÑEZ

Un volumen de XVI-402 páginas, **5 pesetas.**

LA LITERATURA ESPAÑOLA
EN EL SIGLO XIX

POR

EL PADRE FRANCISCO BLANCO GARCÍA

Tres tomos, **16 pesetas.**

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO

DE LA MUERTE DE

FELIPE II

PRONUNCIÓ EL

P. ZACARÍAS MARTÍNEZ NÚÑEZ

EN LA

Real Basílica de El Escorial.

13 SEPTIEMBRE 1898

Con aprobación eclesiástica.

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.
1898

ORACIÓN FÚNEBRE DE FELIPE II

PRONUNCIADA EN LA BASÍLICA DE EL ESCORIAL EL DÍA 13 DE SEPTIEMBRE DE 1898

Vindicabo gentem et sancta.
Defenderé la Patria y la Religión.
(I Macab., XIII, 6.)

VENERABLE COMUNIDAD:
HERMANOS MÍOS EN JESUCRISTO:

HACE trescientos años, y en un día como el presente, en esas horas tranquilas (1) en que el silencio de las iglesias sólo es interrumpido por las oraciones de los justos y el rumor inefable de los ángeles, abrazando el Crucifijo, símbolo de todos los dolores y de todas las esperanzas, y clavados los ojos moribundos en el tabernáculo donde se esconde «el Rey de los reyes y Señor de los que dominan (2), que «no cabe ni en los espacios ni en los cielos,» le entregaba su espíritu, ahí al pie del altar mayor, en esa habitación humilde, el más grande de los monarcas de la tierra.

¡Oh poder inmenso de la muerte, á cuyos golpes ruedan convertidos en polvo todos los ídolos de las ambiciones humanas! Señores: ahí se apagó aquella voz tan poderosa como la de Ciro, Alejandro ó César, que conmovió al mundo; y quedaron inermes aquellas manos robustas que empuñaron el cetro de ambos hemisferios, el más respetado de todas las naciones; ahí se cubrió con velo fúnebre aquella penetrante mirada que á tantos reyes y príncipes hizo temblar, y dejó de latir aquel «cora-

---

(1) Murió Felipe II á las cinco de la mañana.
(2) I, Tim., VI, 15; Apoc., XIX, 16.

zón inexcrutable» (1) que tuvo guardado el secreto de todos los problemas de Europa; ahí cedió aquella voluntad de hierro, sometida sólo á los dictámenes de la razón y á los preceptos de Dios y de la Iglesia; aquel valeroso espíritu, al cual ni las úlceras que le cubrían por fuera, ni los intensísimos dolores que por dentro le atormentaban, pudieron arrancar una queja lastimera en el espacio de cuarenta días; ahí esperó, con la tranquila placidez del mártir y la alegre serenidad del justo, el encuentro con la muerte, más terrible que la fiereza del turco, la rebeldía del protestante y el fanatismo del mahometano, y vió con resignación cristiana trocar su manto real por la mortaja y su trono por el féretro; ahí se extinguió aquella vida activa y admirable que llena la segunda mitad de nuestro siglo de oro, ganando una victoria más gloriosa que las de San Quintín, Malta y Lepanto, la de la perseverancia final; ahí murió el gran hijo de Carlos V, el más grande entre los reyes, martillo de las herejías, brazo de la Cristiandad, padre de los pobres (al decir del Cardenal Colona), de los huérfanos y de las viudas, y protector de las ciencias y de las artes.

¡Oh muros sagrados que recordáis la enérgica disciplina y el brío indomable de aquel gran Rey y le visteis arrodillado en la fría losa, á las altas horas de la noche, para descansar del gobierno del mundo! ¡Oh columnas graníticas, menos firmes, tenaces y consistentes que la piedad y la fe de aquel Monarca cuando se proponía realizar las más grandes empresas que vieron los siglos! ¡Oh altares benditos, oh santas bóvedas que recogisteis los lamentos de la muchedumbre y los dolientes gemidos del órgano ante los despojos de aquel padre, llorado como David, como Jonatás, como Ezequías y Júdas Macabeo! ¡Oh monumento de El Escorial, que guardas los tesoros de su corazón y las reliquias de su obra gigantesca, mudo testigo de nuestras grandezas pasadas y nuestras desdichas presentes! ¡Oh habitación humilde, que le serviste de lecho mortuorio y significas aún más que lo restante de la octava maravilla del mundo!»... Si pudieseis hablar, yo os preguntaría: ¿qué dijo y qué vió en la lucha con la muerte aquel que fué llamado «el mejor hombre, el más prudente príncipe, el más atinado seso que examinaron

(1) Prov., XXV, 3. *Cor regis inscrutabile.*

la prosperidad y la grandeza, el odio, la calumnia y la envidia?» (1).

Señores: sólo Dios ve los pensamientos de una alma moribunda en las horas supremas de la agonía; pero puede suponerse que en aquellos instantes en que Felipe II contempló, como otro santo Rey (2), con ánimo sereno y esforzado los días últimos de su peregrinación en la tierra, *spiritu magno vidi ultima* (3), no sólo debió de ver escritas (sin ser él responsable) en la bandera de la Patria por la descarnada é invisible mano de la muerte, aquellas terribles palabras del banquete de Baltasar, *Mane, Thecel, Phares*, contó, pesó y dividió, sino que además debió de ver que, al mismo tiempo que se deshacían su cuerpo y su poderío para rodar á una fosa común de donde no habrían de levantarse nunca, debió de ver, digo, que la losa que iba á cubrir sus cenizas no era tan pesada como la horrenda nube de calumnias, de mentiras y fábulas sangrientas que habían de rodearle, forjadas por la ignorancia, la impiedad ó la envidia de las naciones, por gentes que profanaron á sabiendas el magisterio de la verdad histórica, y cambiaron como Caifás y Pilatos la real toga de la justicia por el odioso manto de la impostura.

Si Felipe II se levantara del sepulcro, podría decir al Señor, arrodillado ante ese altar, lo que el profeta Habacuc: «¿Por qué me mostraste la iniquidad y la opresión de los buenos é inocentes? Fué hecho juicio y prevaleció la contradicción; y aquél no llega á su fin, porque el impío puede más que el justo, y por eso salen juicios falsos y temerarios» (4). ¡Oh! ¡Cómo se hunden en la nada cincuenta años de gloria bajo el peso de una calumnia vil! Porque, señores, á Felipe II se le ha calumniado como hijo, como padre, como esposo, como rey y como hombre; se le llamó «déspota, sombrío, opresor, tirano de la humanidad, ambicioso, lascivo y perjuro;» se le ha pintado como un monstruo de la naturaleza, á la altura de Diocleciano, de Nerón ó de Tiberio; y lo increíble es que todas estas fábulas han sido creídas por ignorantes é insensatos españoles,

(1) Quevedo.
(2) Ezequías.
(3) Eccl, XLVIII, 27.
(4) Cap. I, vers. 3 y 4.

que padecieron esta contagiosa enfermedad común que á tantos aqueja, la de rebajar y maldecir lo bueno y propio, y enaltecer lo malo y ajeno, renegando de la patria que les vió nacer.

Pero llega la hora señalada por Dios, y ese gran juez llamado tiempo, que entreteje por mano del impostor redes de fábulas y crueles martirios, destruye el edificio del error premeditado, en cuyo vestíbulo y en cuyas torres rujen las nubes agrupadas por la mentira y la calumnia; y cuando el edificio se desploma, aparece el sol de la verdad, á cuyo fulgor las nubes se disipan y se ve distintamente la historia de un alma en sus más mínimos detalles, tanto más hermosa cuanto más perseguida.

Tal acontece con la de Felipe II, á quien los datos nuevos de la crítica histórica van alejando ya del alcance de las malas lenguas: *à lingua injusta, à lingua coinquinata, à verbo mendacii, à labiis iniquis, â lingua dolosa* (1). Sé muy bien que, á pesar de todo, no será comprendida ni apreciada la figura del gran Rey por los hijos del siglo que no creen en la Providencia amorosa que rige y gobierna al mundo, sino en el destino fatal que le arrastra, no se sabe adónde; por aquellos que lo evalúan todo por las leyes de la materia, y no luchan por la idea santa de un derecho legítimo, sino por el hecho positivo de la fuerza bruta; que doblan la rodilla ante los ídolos de la moderna libertad, que es la mayor de las tiranías; por aquellos, en suma, que miden la dicha y el progreso de los pueblos por el número de sus acorazados, el calibre de sus cañones y la estatura de sus becerros de oro.

Yo no voy á dirigirme á esos, sino á las almas honradas que sepan apreciar el valor histórico de una época y de un reinado donde brilló la gloria de Dios y de la Patria; á los que tengan fe en la Providencia, y crean que el hombre, como los pue blos, no viven de solo pan; á los que amen intensamente la verdad y la justicia; á los buenos españoles que sepan comparar las grandezas pasadas con las desdichas presentes y sientan frío ¡frío que penetra los huesos! al ver la triste coincidencia de la celebración del centenario de Felipe II con la desaparición de su inmenso imperio, de los últimos restos, de las últimas parcelas de nuestros hermosos territorios coloniales.

---

(1) Eccl., LX, 7, y Psalm. CXIX, 2.

Yo quisiera reunir en un haz todas las glorias de Felipe II y las del siglo XVI, para atenuar las actuales tristezas y dar vida á esos signos fúnebres, y disipar las nieblas del error, de la pasión y de la ignorancia, y señalar los destinos inmortales de la Patria, digna de mejor suerte. Pero ya que mis escasas fuerzas y la índole de esta oración, que debía de ser la oración fúnebre de España, no me permiten llegar á tanto, desde luego os prometo que he de ser imparcial al describir la figura del Rey Prudente. Señores: ante los brazos de aquella cruz «que ha de juzgar las mismas justicias» (1); ante el polvo de los sepulcros que apagan el fuego de todas las concupiscencias, no cabe mentir; á través de tres siglos, toda vil lisonja y adulación miserable se desvanecen: es muy largo y áspero el camino que tendrían que recorrer. Además, no tengo el peligro, como lo han tenido otros en análogas circunstancias, de que me rodeen vástagos interesados de la familia imperial: porque aquella dinastía se ha extinguido y muerto, y esas severas estatuas de ambos lados del presbiterio no abrirán sus oídos para escucharme. «Sus obras únicamente le alabarán.» *Laudent eam (animam) in portis opera ejus* (2).

Con íntima y honrada convicción vengo á narrar los hechos gloriosos del gran Monarca cuyo centenario celebramos, y cuyo reinado fué de justicia: del émulo de San Fernando, III de Castilla, del continuador de la obra gigantesca y santa de los Reyes Católicos y de Carlos V, que dió victorias á Dios y á España, á las ciencias y á las artes, más merecedor de los elogios del púlpito que el príncipe de Condé, tan ensalzado por los grandes oradores franceses; vengo á demostrar que es acreedor á nuestras oraciones y á nuestras lágrimas, porque consagró su vida al triunfo de la Religión y de la Patria, *vindicabo gentem et sancta*, sin lo cual la grandeza del trono y del imperio y el brillo de los mármoles y bronces no son más que figuras quebradizas ante la acción del tiempo destructor: humo y vanidad de vanidades, mientras se puedan repetir — y se dirán siempre — las palabras sublimes del Eclesiástico: *Rex hodie est et cras morietur:* «hoy vive el Rey y mañana morirá» (3).

---

(1) Cum accepero tempus ego justitias judicabo. (Psalm. LXXIV, 3.)

(2) Prov., XXXI, 31.

(3) Eccl., X, 12.

Señores: toda la creación se hizo por aquel y para aquel Verbo Divino, interna palabra, resplandor de la gloria y figura de la substancia del Padre; alfa y omega, principio y fin de todo cuanto existe; de donde proceden y adonde caminan y por quien suspiran — al decir del Apóstol — «con gemidos inenarrables» todos los seres que no son más que palabras exteriores y reflejo sensible del mundo sobrenatural; que no han sido ni pudieron ser creados, sino para la manifestación de la gloria de Dios y cuyo cabeza es el mismo Verbo, primogénito de esta gran familia de millones de criaturas, centro fijo del vastísimo cuadro en cuyo derredor se agrupan todas en líneas ordenadas y en donde las mismas sombras del infierno son indispensables para el contraste: aquel Verbo divino que al inclinar los cielos y tomar los harapos de nuestra carne con sus humildes proporciones, en su infancia y adolescencia, juventud y virilidad, en sus palabras y doctrinas, predicación y milagros, en su vida y en su muerte, no tuvo otro ideal que el ideal de la gloria de su Padre: *non quaero gloriam meam, sed ejus qui misit me* (1); aquel Verbo que, para establecer su reinado en el mundo, fundó su Iglesia que se llama Católica, es decir, universal, porque se compone, como un ejército gloriosísimo, de legiones de mártires, anacoretas, pontífices, confesores y sacerdotes de toda nación, tribu y lengua, cuyos trabajos se reducen á ganar almas perdidas, á realizar el plan de Jesucristo, predicando el Evangelio, difundiendo la luz y la gracia, propagando la vida sobrenatural, continuando la obra redentora de Jesús, para que así como los ángeles entonan allá arriba el «Santo, Santo, Santo, Dios de los ejércitos, todo está lleno de tus grandezas y tus glorias», así también, en este valle de lágrimas, en todos los continentes, en todos los mares y bajo todos los cielos, resuene sin cesar el *Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia*, hasta que el mundo deje de existir y los siglos cesen de correr, porque entonces se habrán consumado la paz, el gozo y la gloria en el seno de su adorable Criador.

¡Dichoso y feliz el hombre, dichosos y felices los pueblos y los reyes que comprenden y realizan de algún modo ese plan de la creación entera, que lo fué, es y será el plan de Cristo, el plan del Verbo hecho carne, el plan de la gloria de Dios, razón y subs-

---

(1) Joann., VIII, 50.

tancia de todo progreso legítimo! ¡Dichoso el pueblo y el rey que llevan esa gloria como lema de su bandera desplegada, como ideal de su vida de sacrificio, como único amor de sus corazones insaciables, y puedan merecer el título de operarios de la gloria del Señor, *operarii gloriae Dei*, sin la cual no hay ni puede haber real civilización ni progreso verdadero!

Pues bien, señores: se ha demostrado evidentemente que el siglo XVI estaba como predestinado, por la mano invisible de la Providencia y mediante Europa, á la realización del progreso de la humanidad, difundiendo la gloria de Dios y civilizando al mundo. Todo se venía preparando para conseguirlo: los triunfos de los Reyes Católicos sobre la morisma tras de una lucha titánica de siete centurias; en Orán y en las Alpujarras, la pantera africana descuartizada por el león español, y el estandarte agareno humillado por la bandera de Castilla, y la Media Luna, símbolo de la servidumbre, quebrantada por el madero de la Cruz, símbolo de la verdadera libértad; Vasco de Gama, que dobla el cabo de las Tormentas y señala el derrotero de las Indias Orientales; Colón, que surca mares procelosos con la flota de Isabel y descubre la América; Magallanes, cruzando el Estrecho que había de unir el Oriente con el Occidente; el atrevido Sebastián del Cano, que da la vuelta á la tierra dejando en derredor una estela de luz, signo de la civilización cristiana; Legazpi y los Padres Agustinos Urdaneta y Rada, que ciñen á la corona española la perla de las Islas Filipinas...; tales son los hechos con que cabe demostrar que la Europa del siglo XVI, llena de vida prolífica, iba á realizar la gran obra del progreso, transmitiendo al mundo y en todas direcciones, en alas de la imprenta ó por la voz de sus misioneros, su saber, su poderío, su influencia, su Religión y su gloria.

Dada la unidad de principios, de acción y de medios con que Europa contaba para dominar al mundo, hay que advertir que el objeto de todos aquellos descubrimientos, el fin de toda aquella actividad inmensa, era llevar á todos los climas el sentimiento religioso por la voz y con la sangre de sus misioneros y apóstoles, que inflamados en el fuego santo de la caridad cristiana, se embarcaban en Ceuta para explorar y civilizar el África, y se lanzaban con ímpetus arrebatados á la América, al Asia Menor, al Egipto y á las costas de la Palestina, á convertir incrédulos y

bárbaros, á difundir la luz y la gracia en aquellos antros de la muerte, á demostrar que la Iglesia Católica tiene pechos ubérrimos é inagotables, y que es la Madre inmortal de todas las razas, cuyo Padre común está en los cielos (1).

En esta obra gigantesca, á España correspondía entonar el himno del triunfo. ¿Y qué otra nación tuvo derecho á entonarlo como la nación española? ¡Oh! Pueden hoy las naciones extranjeras compadecerse de nuestra patria porque la ven pobre, saqueada y deshonrada por el pandillaje y la impiedad; pueden despreciarla, porque débil é inerme va dejando devorar los restos de su antiguo poderío, sin que figure ya en el concierto de las naciones poderosas; pero no pueden racionalmente negar que hizo por la humanidad lo que no hizo ninguna de las naciones; qne fué la Señora del mundo; que tuvo el cetro de ambos hemisferios, y la hegemonía en todos los órdenes, y la victoria en todas las luchas, y la corona en todos los triunfos, y la palma en todos los certámenes de la inteligencia y de la espada; que fué el brazo derecho de Dios; que respondió como ningún pueblo á la vocación de realizar el plan divino en la tierra, por medio de sus capitanes, de sus teólogos, misioneros, reyes, sabios, santos y conquistadores.

Pero ¡oh designios inescrutables del Señor! Ved cómo una mano impía llegó entonces á romper aquella unidad europea y á detener la obra del progreso y la civilización, próxima á realizarse. A la voz de un falso profeta surgen las antiguas herejías, que recorren como incendio voraz todas las regiones de Europa. ¿Quién puede describir los males inmensos que la pseudo-Reforma trajo á la gloria de Dios, de la sociedad y al progreso del mundo? Oid lo que acerca de ella declara un célebre protestante inglés: la pseudo Reforma «iniciada en Alemania por un fraile impuro, Lutero; y en Suiza por un fanático déspota, sediento de dominación, Calvino; en Inglaterra, por Enrique VIII, asesino de sus mujeres, continuada por Sommerset, asesino de sus hermanos, completada por Isabel, matadora de su huésped; sostenida por pasiones brutales y por una política egoísta, por ministros sin conciencia, por nobles poseídos del espíritu de rapacidad y

(1) Véase á César Cantú.

por un Parlamento vil» (1); la pseudo-Reforma sembró la rebeldía y la confusión en el concierto de las naciones, y al poner la mano en el santuario de los misterios divinos, alma y vida del mundo; al debilitar el poder católico de los Pontífices, desgarrando el manto de la dignidad eclesiástica; al matar en muchos países los institutos religiosos, desacreditando á los misioneros y arrojando la Biblia, pan de los fuertes, á las turbas idiotas y á las olas de opiniones versátiles, corrompiendo á la juventud con el libertinaje, la astucia y la violencia, provocando las guerras y las discordias, y haciendo de pueblos hermanos, pueblos enemigos; al eclipsar la gloria divina y dividir las fuerzas que hubieran de propagarla; al romper el símbolo de la paz católica que daba unidad robusta á los pueblos europeos, ahogó, quizá para siempre, la voz de aquellas nobles, generosas, legítimas y sublimes esperanzas.

Pero no era esto sólo lo que llenaba de luto el corazón de la cristiandad. Mientras se propagaba el fuego del protestantismo con asombrosa rapidez por todos los pueblos latinos, dentro ya de Europa, acechaba como el tigre un ejército de musulmanes, esperando ocasión oportuna de lanzarse sobre ella como las hordas bárbaras de Atila y Tamerlán; la pantera de Mahomet II lanzaba sus rugidos muy cerca del Adriático, y habiendo desgarrado ya el imperio de Bizancio, el fiero Sultán, que se gloriaba de ver ondear la Media Luna sobre el templo de Santa Sofía, clavó sus ojos en los campos fértiles de la hermosa Chipre: dueño y poseedor de la llave del comercio entre Grecia é Italia, y dada la supremacía indiscutible de la Sublime Puerta en el Mediterráneo, y con el nombre de sus genízaros que infundían espanto y desolación en la cristiandad, con legiones innumerables de turcos, ansiosos de devorar las riquezas de Occidente, con sumas enormes de dinero y una armada poderosa... amenazaba desterrar para siempre del mundo la por él llamada «iniquidad de la cruz.» ¿Quién puede describir aquellos momentos solemnes en que Venecia levantó sus brazos suplicantes, y las oraciones y los gemidos lastimeros de las almas justas, que se elevaban á los cielos desde el claustro, el templo y el hogar pidiendo piedad y misericordia al ver que se aproximaba aquella lucha formidable, no

(1) Macaulay.

entre un pueblo y otro pueblo, no entre una raza y otra raza, sino entre Jesús y Belial, entre Abel y Caín, entre el reinado de la gloria de Dios y el imperio sombrío del demonio, entre Cristo y Mahoma, entre la Europa occidental cristiana y el poder de la Media Luna aborrecible? Señores: ¿cuál es el pueblo y cuál es el rey que puedan contener aquel universal incendio? ¿Qué rey y qué pueblo podían contener aquellas hordas que se bañaban en el Bósforo y presentar la generosa valentía del león ante la furia sanguinaria de la pantera del desierto?

Señores: no busquéis el auxilio del cielo—*habuimus de coelo auxilium* (1)—en Francia, Alemania ó Inglaterra, divididas y abrasadas por el cisma interior de las guerras protestantes; no lo busquéis en los Estados italianos, envueltos en la miseria y la pobreza; no lo busquéis en otras naciones egoístas; buscadlo en un pueblo y en un rey que sean ricos, sabios y santos; en un pueblo cuyo vasto poderío (2) sea aún menos grande que su nombre y que su fama, que sepa luchar por su Dios, su religión y territorio, sin interés mezquino ni miradas positivistas y calculadoras; buscadlo en aquel pueblo que descubrió un nuevo mundo, ofreciéndole á Dios lleno de los perfumes de un incienso virgen, y supo dar su dinero, su lengua y su sangre, como ningún otro pueblo de la tierra, por dilatar la gloria de Dios y de la Iglesia católica, y que defendiendo ese ideal altísimo «fué á sembrar huesos de mártires y caballeros en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra (3); en aquel pueblo que iluminó al mundo con la sabiduría de sus teólogos de Trento, de exégetas videntes, de matemáticos insignes, de jurisconsultos incomparables, de poetas, músicos y pintores y sabios en todas las artes y disciplinas eclesiásticas y profanas, con la pléyade de astros de primera magnitud que constituyen su siglo de oro, y cuya vida era la vida de toda Europa; buscadlo en aquel pueblo que en Levante y en Poniente,

(1) I Macab., XII, 15.

(2) Sabido es que el imperio de Felipe II se componía de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra; los de Nápoles, Sicilia, Milán y Cerdeña; del Rosellón, las Baleares, los Países Bajos y el Franco Condado; en el África, de las Canarias; en el Asia, de Filipinas y parte de las Molucas; y en América, de todos los inmensos territorios descubiertos sucesivamente por Colón, Hernán Cortés, Pizarro, etc.

(3) Menéndez y Pelayo.

para conquistar almas arrebatadas por la pseudo-Reforma ó esclavizadas por el poder otomano ó la idolatría, lanza un ejército de misioneros sabios y santos que se extiende por el mundo, y establece casas de penitencia y funda colegios, bibliotecas y universidades, y defiende la santa causa en todo lugar, en Europa, en América y en Asia; buscadlo en aquel pueblo en que un solo soldado vale más que todos los conquistadores; en que un Francisco Javier, en medio de calmas asfixiantes de yermos desnudos, del hierro de los asesinos, de los rugidos de la tempestad, de los escollos de los mares y la lava de los volcanes, sin otras armas que el crucifijo, el catecismo y la campanilla, recorre los imperios de Trevancor y del Japón, de la India, Melinda, Goa y Malaca y las costas de Malabar; y enfrente de Mahoma, Brahma, Buda y Confucio, pasea triunfante la divina figura de Cristo, clava la cruz en todos los templos y pagodas, en las factorías y plazas fuertes, y convierte á más de un millón de almas y renueva los tiempos apostólicos, dejando la tierra y el mar llenos de su gloria, que era la gloria de España y la de Dios, alabada y bendecida por aquellas nuevas generaciones; buscadlo en aquel pueblo de los tercios castellanos que se paseaban por Europa en marcha triunfal, atrayendo sobre sí las miradas de las gentes y la envidia de los Príncipes; pueblo de capitanes tan aguerridos como el duque de Alba, D. Juan de Austria, Alvaro de Bazán, Alejandro Farnesio y Requesens; buscadlo en aquel gran Rey que venció en San Quintín y las Gravelinas, en Gembloux, en Henao y en el glorioso cerco de Amberes, en Portugal y en las Azores.

Sólo él, que podía luchar por una parte contra media Europa, y por otra contra el inmenso poder otomano, que ansiaba devorarla; sólo él, que pudo luchar á la vez en los Países Bajos contra los flamencos, en Francia contra la venida de Enrique de Borbón y contra los calvinistas hugonotes; contra los protestantes alemanes, los zuinglianos de Suiza y los cismáticos de Inglaterra, y contra los judíos y heresiarcas de todo el mundo; sólo aquel gran Rey, personificación de la política de los siglos fieles que ante la Europa incendiada pudo decir al protestantismo: «de aquí no pasarás» (1); sólo él pudo decidir el combate entre

(1) Sabido es que el protestantismo progresó en la primera mitad del si-

Mahoma y Jesucristo, empezando en el Peñón de Vélez y en los muros de Malta, donde murieron 31.000 turcos, y concluyendo con aquella gran batalla de Lepanto, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros» (1), enaltecida por el cincel de Vittoria y el pincel de Tintoretto é inmortalizada por nuestro gran poeta Fernando de Herrera, en los versos que debieron de repetir todas las iglesias de la Cristiandad, las costas y playas del Mediterráneo, «desde el monte Calpe hasta Mármara»:

«Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero...»

Y todo por aquel gran Monarca, cabeza del mundo; centro de todos los acontecimientos europeos; jefe de aquellos ejércitos invencibles; martillo de protestantes, herejes y otomanos; brazo de la cristiandad, que empuñaba nuevamente el lábaro de Constantino y Teodosio para realizar el *fiet unum ovile et unus pastor*; vanguardia de la Religión, hijo y soldado de Cristo y operario de su gloria divina. Señores: ¿qué hubiera sido de Europa sin el poderío y la fe del gran Felipe II? Maldecidle, si os atrevéis; pero maldecid también toda la historia bendita de nuestra patria: desde la montaña de Covadonga, donde germinó el grano de mostaza, hasta los últimos días de Felipe II, en que el árbol extendía sus ramas gigantes por la redondez de la tierra, cobijando todas las glorias y grandezas que pueden enorgullecer á un pueblo. Porque, señores, no tenemos otra historia.

Bastaría, Señores, tener presentes las glorias descritas para dar al olvido cualquier defecto en la historia de Felipe II. Yo no niego que los haya en la larga y accidentada vida política del gran Monarca; que también el sol tiene sombras y nada hay absolutamente perfecto en ninguna de las criaturas. Mas estudiando profundamente lo que fué aquella vida y el espíritu que la informó, aun en sus más mínimos detalles, no creo, no puedo creer que el Rey Prudente, que buscó ante todo la gloria de Dios

---

glo XVI, y no dió un solo paso desde entonces, sino que fué retrocediendo desde que apareció el Rey Prudente, que llena toda la segunda mitad. Así influyó Felipe II en los acontecimientos de los siglos posteriores.

(1) Cervantes.

y la de su pueblo, *vindicabo gentem et sancta*, sea digno de los calificativos injuriosos que la mentira y la calumnia le prodigaron á granel, dibujándole como tirano y déspota, altivo, soberbio, intolerable, ceñudo, sombrío y maquiavélico, con el corazón lleno de odios y de perfidia, enemigo de la ciencia y la libertad, hipócrita y fanático demonio del Mediodía.

Detengamos la consideración, aunque sea brevemente y en términos generales, en cada uno de estos puntos. Cierto es, Señores, que Felipe II no tuvo en su derredor favoritos ineptos ó imbéciles que lo miden todo por la estrechez de su espíritu; palaciegos semejantes á inmundos reptiles que se arrastran por las antesalas y cámaras regias para derramar su veneno desde allí en el corazón de un pueblo; cierto que no dió oídos, como los dieron otros célebres reyes, que no necesito nombrar, á la adulación servil, á las frases almibaradas de indignos cortesanos (1); sino que, por el contrario, debió de oir palabras muy severas, en los libros y en el púlpito, de Fray Luis de Granada, de Fray Hernando del Castillo y del agustino beato Alonso de Orozco, y sabido es que se rodeaba siempre de varones insignes por su ciencia y santidad; virtudes indispensables para que no se amengüe el esplendor del trono ni el poder del imperio se divida y corrompa. Examinad detenidamente aquella vida de Felipe II, y veréis que era, no la de un rey afeminado, sino la austeridad de la razón templada por la fe, la severidad del asceta trabajador y penitente, el símbolo varonil de la raza española en los días de su mayor entereza, el espíritu recto é indomable de la justicia que no transige con el error ni con las medias tintas de la indiferencia ó la duda, ni va jamás, y conscientemente, por caminos extraviados, ni cambia á cualquier viento de doctrina; era la personificación de la política cristiana, que no se rinde, que no se abate, que no capitula ante los aduladores serviles ni ante las amenazas de los tiranos ó de las naciones extranjeras; inalterable en la pena y en el gozo, en la desdicha y en la prosperidad, en el triunfo de Lepanto y en el infortunio de la «Armada Invencible:» con el corazón inescrutable (2) para

(1) Sólo en una ocasión debió de oir una frase de este género; pero el orador tuvo que retractarse en público y sufrir un desengaño proporcionado á la lisonja.

(2) Prov., XXV, 3.

los hombres y abierto sólo para Dios, á cuya semejanza regía al mundo, *suaviter et fortiter*, humillando con mano fuerte á los enemigos de la Religión y de España, y recibiendo y amparando con suavidad y ternura paternales á los pobres, á los huérfanos y á las viudas, á los Obispos expatriados de Armenia y Grecia, Irlanda é Inglaterra, á las mujeres insignes y necesitadas, como doña Oliva de Sabuco, las duquesas de Terranova y del Infantado, á Santa Teresa de Jesús, que decía de él lo que todos hubieran podido repetir: «Es el único auxilio que tenemos en el mundo.»

No: el Rey Prudente no mató la verdadera libertad, sino el libertinaje de los bandidos, de los falsos apóstoles, de los comerciantes literarios, de los traidores á su patria y á su Dios. ¡Oh! ¡No estaríamos como estamos si se hubiera imitado en las siguientes centurias el ejemplo del gran Monarca! La reforma, necesaria indudablemente en la Iglesia, no podía venir de aquellos pseudo-profetas simoníacos, lascivos ó ambiciosos, que sembraron la anarquía, la corrupción, el espanto y el luto universal; sino del gran Concilio de Trento, donde brilló como ninguna la ciencia española; debía de venir de los enamorados de Jesucristo, de los Ignacios y Teresas, de Juan de la Cruz, de Tomás de Jesús, de José de Calasanz, de Pedro de Alcántara, de Juan de Dios y otros cien, que resplandecen como astros bienhechores en el cielo de la Iglesia católica y en aquel siglo de Felipe II, que fué nuestro siglo de oro en todos los órdenes en que se le considere. Se ha dicho muy injustamente que aquella sociedad era hipócrita y corrompida; pero no se reflexiona que nunca hubo mayor número de santos, si no es en los siglos primitivos.

Los que presentan al Rey Prudente como enemigo de la libertad, olvidan ó quieren olvidar que los que se llamaban protestantes empezaron por negarla radicalmente para las obras buenas, y que esa negación absoluta es el principio y fundamento de la pseudo-reforma de ayer y de hoy. Al ahogar, pues, Felipe II con mano de hierro y en las puertas de la patria esas perversísimas doctrinas, no hizo más que defender la libertad moral de los hombres, con la cual, ayudada por la gracia de Dios, se conquista por asalto la gloria del Paraíso; porque no se gana sin lucha la corona, ni el castigo ó el premio se da á los

irresponsables; olvidan que los que proclamaban la libertad y la tolerancia cuando eran perseguidos, eran los más intolerantes y despóticos cuando se hallaban en el poder. ¿Quiénes persiguieron á Servet y á Kepler, sino los mismos pseudo reformadores? «En el Palatinado un príncipe calvinista perseguía á los luteranos; en Sajonia un príncipe luterano perseguía á los calvinistas; desterráronse de Suecia á los que habían rechazado la Confesión de Augsburgo» (1); en Inglaterra rebosaban las cárceles y las prisiones, y recuérdense las luchas de los anabaptistas, las hogueras de la república de Calvino, sin semejante en la Historia, y los setenta mil condenados á muerte sólo en el reinado de Enrique VIII, y las leyes inquisitoriales de Isabel de Inglaterra. ¡Qué! ¿Queriais que nosotros hubiésemos sido débiles y tolerantes para lo malo, cuando en otras partes reinaba la intolerancia para lo bueno; que Felipe II, sabiendo como sabía que «el trono se afirma con la justicia», hubiese obrado como Rey inicuo y abominable» (2), entregando los misterios de la Religión y las glorias de la patria á las llamas de aquel fuego asolador, á las hordas bárbaras y salvajes de los pseudo-reformadores, como hubiera podido entregar á Europa á la ferocidad del poder otomano? ¿Queríais mejor que España hubiera visto regado su suelo con la sangre de sus hijos, derramada en discordias y guerras cruelísimas, como se vieron enrojecidas con la sangre de alemanes, ingleses y franceses las ondas del Támesis y el Sena, del Danubio y el Rhin? ¿Queríais que Europa toda se hubiera convertido en un serrallo inmenso de eunucos y esclavos, sin templos ni altares, donde fuese ultrajado perpetuamente el «Dios de los ejércitos», y eclipsada su gloria divina y la gloria del pueblo español? Si Felipe II procediera así, entonces le hubierais llamado imbécil.

Señores: á la luz de este sublime ideal, el de la gloria de Dios y de la Patria, se desvanecen todas las acusaciones, ridículas y cándidas hoy, dirigidas contra Felipe II. No; no le acuséis de imprudente y de soberbio por la pérdida de la Armada Invencible; el honor de un pueblo vale más que el dinero y la sangre; la

(1) Macaulay.

(2) *Abominabiles reges qui agunt impie quoniam justitia firmatur solium.* (Proverb., XVI, 12.)

dignidad del pueblo español, y del pueblo español de entonces, no podía dejar sin castigo los ultrajes y las provocaciones continuas de la reina Isabel. Cuando la guerra era inevitable, el Rey Prudente, lleno de dolor y de pena, vió morir al que había elegido como jefe de la Armada y era el primer marino del mundo, á D. Alvaro de Bazán. En la llorada muerte del bravo Marqués de Santa Cruz, que hubiera librado en parte á la Invencible de las olas del océano y de la furia de los elementos destructores, ¿qué culpa, qué responsabilidad cabe á Felipe II? Sed imparciales y sensatos.

No creáis tampoco en lo que se dice de la guerra con Paulo IV, que sólo prueba, en definitiva, la fervorosa piedad del insigne Monarca, y que no fué motivada por otras razones que por el odio injustificado y punible de los Caraffas á Felipe II; no creáis en el corazón lleno de odios y de rencores con que la iniquidad le ha dibujado; porque habéis de saber que para dar la gloriosísima batalla de Lepanto tuvo que perdonar generosamente las informalidades que Venecia había cometido, faltando á varios tratados habidos entre aquella egoísta y altanera República y el desprendido Monarca español; no creáis en la crueldad del Rey Prudente para con aquel hijo tan infame como desgraciado: ahí está, Señores, la historia verdadera (1), impregnada de las ternuras sin fruto de aquel padre amorosísimo; no le acuséis de tirano en la muerte de Montigni y en la persecución de los príncipes de los Países Bajos, porque eran enemigos de Dios y nuestro pueblo, cómplices ó instrumentos de la liga contra el dominio de la Iglesia y el de Felipe II, rebeldes y traidores que ansiaban arrebatar almas á Jesucristo y desmembrar el imperio español. Está escrito en el libro de los Proverbios: «aparta la impiedad de la presencia del Rey y se afirmará su trono en la justicia» (2), Felipe II se la hizo como español y como cristiano, y ¡ojalá se hubiera procedido así con los imitadores de aquellos Príncipes de fama poco laudable! No le llaméis, por último, enemigo de los fueros legítimos y de las libertades públicas (3),

(1) Véase el libro de Gachard, *Don Carlos et Philippe II.*

(2) Prov., XXV, 5.

(3) Véase la *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*, por el Marqués de Pidal.

porque nunca hubo Rey tan popular que atendiera con más cariño y solicitud á las necesidades de cada provincia y partido. Entonces existía verdadera voluntad nacional, no concurso fortuito de quereres contrarios, sino real unión de corazones por virtud de la creencia en Dios y en el triunfo y la prosperidad de la Patria.

Pero ya oigo esa palabra fúnebre, que no se olvida nunca al hablar de Felipe II. Señores: gracias á los enemigos de Dios y de la Historia pocas palabras habrá en los Diccionarios de las lenguas que sugieran ideas tan fatídicas y terribles, tan falsas é injustas como la palabra «¡Inquisición!» Es un axioma, aun para los pueblos bárbaros y salvajes, que los derechos divinos están por encima de los derechos humanos; el Criador sobre la criatura; las instituciones del cielo sobre las de la tierra; la fe sobre el dinero y las riquezas, y sobre el cuerpo, el alma: y como la Religión es el órgano por el cual Dios, con sus derechos, se nos manifiesta de un modo más directo y visible, el deber fundamental de los pueblos y los reyes, la obligación absoluta de los poderes públicos, es la de procurar que el fin de la sociedad terrena se enlace con el fin sobrenatural para que fué creada; el amparar y defender las verdades y los misterios religiosos que constituyen el Reino de «Aquel por el cual gobiernan los Monarcas y mandan los Príncipes.» Ahora bien; en las sociedades humanas se castiga cualquier delito contra la autoridad civil, cualquiera frase contra los poderes constituídos ó contra los ministros responsables; se persigue á los bandidos y á los traidores y á los que perturban la tranquilidad social, y se oyen á cada momento nombrar la horca y la guillotina, el consejo de guerra, el estado de sitio y otros castigos semejantes. ¿Y no se debe castigar, ni perseguir siquiera, á los que en el libro, en el periódico, en la cátedra y en la tribuna blasfeman contra la Religión, desgarrando la túnica inconsútil de la Iglesia; ni á los que se dedican á pervertir y corromper á multitud de espíritus, ni á los que hacen la propaganda de la impiedad, eclipsando la gloria divina y arrebatando almas innumerables al dominio sagrado del Redentor del mundo? Señores: ¿dónde están la justicia, la sensatez y el sentido común? Sed prudentes é imparciales. Los castigos humanos entraban en el plan de España y deben entrar en la historia de todos los pueblos, como el infierno entra en el cuadro

de la creación universal. Felipe II, como debe hacerlo todo Rey, debía buscar la gloria de Dios y de la Patria, y se limitó á seguir la honrada política cristiana, que era también la de su pueblo; así pudo apagar las ráfagas del incendio protestante que nos amenazaba, y evitó aquí las guerras cruelísimas en que ardían las naciones extranjeras. Si maldecís, declara Balmes, si maldecís por esto á Felipe II, lanzad también el anatema sobre sus predecesores, sobre la frente inmaculada de Isabel la Católica y sobre el rostro de vuestros padres y de todo el pueblo español que hizo lo mismo.

Señores: ¡cuántas calumnias y exageraciones se propalan con motivo de la Inquisición! Pero á la luz de la moderna crítica, debe ya pasar á la categoría de la novela y la leyenda todo lo que se dice de las hogueras horribles y de los crueles martirios con que atormentó á los artistas, á los sabios é inocentes aquel gran Rey, enemigo de lo que en lenguaje antifilosófico se llama «libertad de pensamiento.» Desde luego creed que los que fueron quemados, realmente lo merecían; pero no creáis nunca que Felipe II fué enemigo de la ciencia y del arte, ni que ahogó esta «participación de la luz increada», «este reflejo del rostro del Señor», este pensamiento por el cual se manifiesta mejor que por el mundo físico la gloria divina, de cuya defensa en la tierra se encargó el Rey Prudente por todos los medios posibles, artísticos y científicos. Se ha demostrado hasta la evidencia (1) que la Inquisición no condenó á ningún sabio verdadero, «ni prohibió la lectura de ningún libro de real mérito artístico ó científico»; que, por el contrario, la España del siglo XVI «dominó á Europa más por el pensamiento que por la acción»; que no hubo disciplina que no se cultivara en este suelo patrio; que tal era, como se dice, la libertad de pensar, que hasta se publicaba y leía un libro sobre el tiranicidio sin que á nadie le pasara por las mientes que el Rey fuese tirano; que en los estudios filosóficos y teológicos dimos maestros á todas las escuelas con el impulso qne necesitaban; que en los estudios lingüísticos basta citar la inmortal Políglota, impresa bajo los auspicios del Rey; que en el cielo de la poesía, la literatura y jurisprudencia, y en general

---

(1) Véase el tomo II de *La Ciencia Española* y el II también de *Los Heterodoxos*, de Menéndez y Pelayo.

de todas las artes plásticas y liberales, brillaron los españoles como astros de primera magnitud; que Felipe II favoreció los estudios eclesiásticos, comisionando á varones como Ambrosio de Morales para registrar todos los Archivos; que fomentó los estudios históricos generales de provincias y reinos; que en asuntos científicos tuvimos al autor del «Arte de navegar», y al de la teoría del polo magnético, y á los inventores del *Nonius* y de las cartas esféricas y del nuevo planisferio; que el Rey Prudente fundó en su mismo palacio una escuela de Matemáticas, cuyo director fué el gran Herrera; que mandó al Maestro Esquivel hacer la descripción topográfica de España y levantar el mapa geodésico, obra desconocida entonces en los pueblos civilizados; y al fitógrafo Francisco Hernández, como Alejandro Magno á Aristóteles, á estudiar la fauna y la flora de América, que escribió aquél después en 15 volúmenes en folio y con figuras de colores hermosísimos, adelantándose, como el insigne Acosta, fundador de la cosmografía, en las descripciones antropológicas, á Linneo y á Buffon.

Señores: es notable que los que acusan á Felipe II como enemigo del pensamiento, tracen á renglón seguido la lista sin fin de sabios, de escritores y artistas de aquel tiempo, que yo no puedo nombrar por la índole de este discurso. Mas... ¿á qué invocar otros testimonios que el que tenemos presente? Si alguna vez oís á ciertas personas que Felipe II fué enemigo de las ciencias y de las artes, traedlas aquí y decidles: abrid los ojos y ved; ved este gran monumento, octava maravilla del mundo, donde la oración es espontánea y sincera, y en donde se comprende que la fe traslada las moles de granito; aquí, al pie de una montaña, fué levantado este edificio á la gloria de Dios, con motivo de una gran victoria, por la piedad de ese gran Rey que maldecís; bajo estos muros se esconden nuestras pasadas grandezas, y en el remate de sus torres se alza la cruz, símbolo de la esperanza, que es el oxígeno del espíritu. Es una prueba incontrastable, un argumento que os abruma: ¡hace tres siglos desafía impertérrito los vientos del Guadarrama y los huracanes de la impiedad! Abrid los ojos y ved; ved esos altares y cuadros, mirad esos frescos y esas banderas de la batalla de San Quintín; bajo estas amplias y sagradas bóvedas se vieron juntas una vez, como pocas veces lo vieron los siglos, todas las maravillas

del ingenio y del arte, la flor de las inteligencias europeas (con cuyos nombres puede tejerse un catálogo gloriosísimo), puestas al servicio de la causa de España que quiso perpetuar su eterna gratitud al Dios de los ejércitos por las victorias sinnúmero que nos concediera; recorred esas galerías y esos claustros por donde parece que vaga aún la augusta sombra de aquel gran Rey dirigiendo todas las operaciones; ved esa Biblioteca y ese Archivo donde los libros mejores y más raros del mundo, y los preciosos documentos históricos, esperan aún la sabia mano que les limpie el polvo de tres centurias y escriba la historia auténtica de la Patria, falsificada todavía por la envidia, la ignorancia ó el fanatismo; examinad esas innumerables reliquias de santos y de mártires, cuyos perfumes sirven para purificar la atmósfera que puedan traer todas las revoluciones insensatas; y después de ver todo eso, decidme si fué enemigo de las artes y de las ciencias aquel Mecenas del siglo XVI que fundó este gran monumento, gloria de Dios y de España, y tantos Colegios y Universidades, y mandó construir fábricas y plazas fuertes, y fomentó el proyecto de hacer navegables casi todos nuestros ríos de abundante caudal, y puso estanques y canales en el patrio suelo, y atalayas en las costas contra el enemigo invasor, y todo lo hizo con mano pródiga y voluntad indomable, para demostrar á las gentes que aquí hubo un pueblo grande porque fué piadoso, y un Rey excelso porque fué cristiano.

Mas entre todas las cualidades de Felipe II dignas de alabanza, hay una que le toca más de cerca y habrá podido salvarle en aquel tribunal que mide igualmente á vasallos y á príncipes: la piedad. Señores: la leyenda injuriosa acerca de Felipe II se ha formado por haber dado crédito á los fabricantes de moneda falsa, á los envidiosos historiadores extranjeros, á los protestantes humillados por aquel gran Rey, que eran también enemigos de la Religión. Yo no voy á pedir que se dé culto en los altares al fundador de El Escorial; pero por lo que concierne á su vida privada y pública, tengo derecho para creer en lo que de él dicen escritores insignes de aquel tiempo, extraños y españoles, varones eminentes por su santidad, que no adularon nunca, porque gozaban de la cristiana libertad del mártir. Estos testimonios prueban tanto, por lo menos, como los enemigos, y me parece que algo más. Pues bien; yo creo á la ingenua y

gloriosa Santa Teresa de Jesús, que llama á Felipe II «santo Rey»; y á San Pío V, que le saluda como á «firme columna de la paz pública y de la Iglesia universal»; y al Pontífice Gregorio XIII, que no encuentra «otro Monarca semejante»; y á San Ignacio de Loyola, que alaba sus «obras santas»; y á San Carlos Borromeo, que enaltece «la virtud y la fortaleza verdaderamente regias» de Felipe II; y á San Francisco de Borja, que le considera como un amigo del alma, y á Fr. Luis de Granada y al Beato Orozco, que le dedican hermosos libros; y á D. Luis Fernández de Córdoba, y á D. Tomás Tamayo de Vargas, que le proclaman «norte de príncipes» el uno, y el otro «gran Rey, no inferior á los que le precedieron, y ejemplar de los que le han de suceder en justicia, prudencia y grandeza»; y al insigne Quevedo, que le llama «bienaventurado y grande en todos los dotes dignos de su corona»; y á todo el pueblo español, que le dió los sobrenombres de «Rey Prudente, brazo del Catolicismo y Padre de la Patria.» Y si por los frutos se conoce el árbol, yo creo en la vida de Felipe II, llena de virtudes, de trabajos y sacrificios, de sinceros actos de piedad, como los de San Fernando y San Luis; de ejemplos reales en la práctica de la Religión; y creo en este gran monumento de El Escorial, testimonio de su fe, de su piedad é inmenso poderío; de su amor á Dios, á la ciencia y al arte, y en el que están encerrados los tesoros y las reliquias de nuestras glorias inmarcesibles; y creo en la regia munificencia y en la piedad fervorosa con que procuró fomentar el culto á la *Sagrada Forma*, bárbara y sacrílegamente pisoteada por los herejes; y creo en la adoración sincera de esas dos familias reales prosternadas ante la Majestad Infinita en actitud de presentarla ofrendas, como los Reyes de Tharsis, de la Arabia y de Sabá; y, por último, creo en lo que basta para justificar la vida de un hombre; creo en la santa muerte de Felipe II, no llena de los remordimientos de un tirano que «envileció la corona en su cabeza», sino llena de los sentimientos del justo y del mártir, donde se hicieron visibles (1) las obras de aquel gran Rey, que «defendió á su Religión y á su pueblo» (2); que peleó en todo lugar por el reinado del Verbo hecho carne, y

---

(1) Eccl., XI, 29.
(2) I Machab., XIII, 6.

pudo repetir con el Apóstol: «Todos mis trabajos y mis obras las referí á Dios por Jesús» (1).

¡Ah cristianos! Yo quisiera ver reunidos aquí á todos los españoles enemigos de Felipe II, y fautores de las libertades modernas, para decirles, comparando tiempos con tiempos: vosotros que maldecís el ficticio aspecto del absolutismo de aquel Monarca que aumentó y conservó hasta la muerte el territorio del inmenso poderío español, sin perder una pulgada de terreno; vosotros que os gloriáis de haber conquistado todas las libertades posibles, que constituyen la mayor de las tiranías, y rompisteis de la manera más injustificada—porque no hubo necesidad de ello—la unidad de creencias católicas con la libertad de cultos, y manchasteis la santidad del hogar con el decreto del matrimonio civil; vosotros que en nombre de la libertad, y con motivo de una vil calumnia, degollasteis á inocentes religiosos, y despojasteis á la Iglesia católica de sus bienes legítimos; vosotros que no habéis dado siquiera una ley en el Código para castigar el horrendo pecado de la blasfemia y la infracción de los días festivos, observados aun en los pueblos bárbaros y salvajes; vosotros que á sabiendas habéis amparado esa universal y absoluta corrupción administrativa, causa inmediata de nuestros infortunios, y en nombre de la libertad envenenasteis la enseñanza patria con doctrinas pedantescas y perversísimas, matando los gérmenes de la verdad y del bien en las almas jóvenes; vosotros que empobrecisteis el comercio y la agricultura, y lo habéis sacrificado todo en nombre de la libertad; honra, dinero y crédito, por satisfacer vuestros apetitos nefandos; vosotros que desoisteis los lamentos de las madres que, como Raquel, no quieren ser consoladas; de madres sin hijos, de hijos sin padres, de esposas sin esposos, de hijos que piden pan, de huérfanos que piden calor, de corazones que piden consuelo, de voluntades que van en pos de lejanas esperanzas; vosotros que habéis arrastrado á un espantoso abismo á la patria de Felipe II, hoy saqueada y deshonrada por el pandillaje y la impiedad; á aquella noble Matrona que yace tendida como Job en el muladar de la ignominia, y ve al león agonizante á sus pies, y su manto de glorias rasgado, y su corona rodando en el polvo de

(1) Rom., XV, 17.

los siglos; á aquella patria á quien atasteis las manos robustas, que empuñaran el cetro de ambos hemisferios y que hoy es abofeteada por hijos traidores que la llevaron al Sanhedrín y al Pretorio del silencio egoísta de las naciones y á la calle de la Amargura, de la miseria y del hambre, y al Calvario de los oprobios y vergüenzas, en cuya cumbre se reparten ya las últimas y espléndidas vestiduras de sus hermosos territorios coloniales; vosotros que habéis hecho de este pueblo de leones un pueblo de corderos destinados al sacrificio...; vosotros... no habléis nunca del absolutismo de Felipe II, porque todo el honrado pueblo español se levantará para aplastaros, diciendo: ¡maldita, maldita sea vuestra libertad!

Señores: quisiera llevar á vuestro ánimo la íntima y honrada convicción que yo tengo al defender la memoria de Felipe II, ya se le considere como hombre, ya como político y como padre de su pueblo, vindicándole de los epítetos injuriosos de los ignorantes ó enemigos. No sé si me habré equivocado en la apreciación de algún detalle, pero debo deciros que mi intención fué sana y sincera. Hubiera deseado yo trazar aquí el cuadro de España en la segunda mitad del siglo XVI, colocando en el centro la severa y augusta figura del Rey Prudente, con la hidra de la herejía á sus pies, ó conteniendo con una mano el incendio protestante y el poder de la Media Luna, y dando con la otra noble impulso al genio de la belleza, la ciencia y la santidad: en un ángulo del cuadro hubiera querido reunir á todos los enemigos envueltos en la sombra, incapaces de resistir el fulgor de tantas maravillas: y al otro lado, poner el árbol de la Patria, en cuya copa anidaran todas las aves del cielo español, los santos y los sabios, los guerreros y los artistas, los héroes de la espada y de la pluma en nuestro siglo de oro.

Yo hubiera querido demostrar (no me atrevo á decir que lo demostré) (1) cómo Felipe II buscando la gloria de Dios, adqui-

(1) Para ver demostradas muchas de las proposiciones que aquí se consignan, véase el número extraordinario de *La Ciudad de Dios* (13 de Septiembre de 1898), dedicado exclusivamente á vindicar la memoria de Felipe II. En una oración fúnebre no caben ciertos detalles.

rió todo lo demás que honra á un pueblo, riqueza, poderío y virtud, «por añadidura»: cómo al luchar con los pseudo-reformadores en Oriente y Occidente, y en Malta y en Lepanto contra los sectarios de Mahoma, fué como el sucesor de Jonatás, elegido por Dios, no para libertar á un pueblo pequeño como el de Israel, sino para salvar de la muerte á toda Europa contra la rebeldía protestante y las cimitarras otomanas: cómo disipó la iniquidad «con su penetrante mirada» (1) y «humilló á los impíos, doblando sobre ellos los arcos de triunfo» (2), y cual «Gedeón, Barac, Sansón, Jepté, David y Samuel venció á los reinos» (3), poniéndolos ante él como caña frágil que lleva el viento en arrebatado torbellino; *ut stipulam ante faciem venti;* por qué Dios confirmó en su mano el imperio (4) español, que Felipe II conservó hasta el fin sin desmembrarle, «reinando en justicia y en misericordia, que vale más que ofrecer víctimas» (5); en justicia, para con los enemigos de Dios y de España; y en misericordia, para con los pobres, los huérfanos y las viudas y los poderes débiles cual Malta y Venecia; cómo el fundador de El Escorial respondió á la vocación de las naciones haciendo de su pueblo un pueblo de sacerdotes (6), de guerreros y soldados de Cristo; y cómo por él «conocieron los demás reinos que Dios es el Señor único de todos» (7); por qué siendo sabio, justiciero y prudente, la Cristiandad y principalmente España, pudo repetir lo que el Concilio de Calcedonia, por la voz de seiscientos treinta Padres de la Iglesia, dijo al emperador Marciano: «Por ti se afirmó la fe, y la herejía no existe; esa obra es digna de tu reinado. Dios hizo tales maravillas. ¡Rey de los cielos! ¡conservad la vida al Rey de la tierra! Esta es la súplica de la Iglesia; este es el voto y la oración de los Obispos» (8); cómo, en suma, el gran rey Felipe II, por su vida y por su muerte, es acreedor á nuestras oraciones y á nuestras lágrimas.

---

(1) Prov., XX, 8.
(2) Prov., XX, 26.
(3) S. Pablo ad Heb., XI, 33.
(4) V. el Oficio de S. Fernando.
(5) Isaías, XXXII, 1, y Prov., XXI, 3.
(6) Exod., XIX, 6.
(7) IV Reg., XIX, 19, é Isaías, XXVII, 16 y 20.
(8) Act. 6 a—Las mismas palabras aplicó Bossuet á Miguel Le Tellier.

Pero, Señores, no quiero terminar esta oración fúnebre, que podría calificarse también «Oración fúnebre de España», sin hablaros de lo que algunos llamarán error político de Felipe II respecto de las colonias: ¿sabéis cuál es? Es el error de toda la historia de nuestra patria, el haber conquistado América y Filipinas, redimiendo á las personas sin matar la raza, siguiendo el sistema contrario al de Inglaterra con la raza tasmania (1) y al de los Estados Unidos con los indios aborígenes de la América del Norte (2) y con los Pieles-Rojas, de los cuales sólo quedan ya cuatro ó cinco tribus insignificantes; el haber roto, como no lo hacen Inglaterra ni Holanda, las cadenas de la esclavitud, derramando la luz de lo alto en las inteligencias extraviadas, despertando del sueño de la muerte á los pueblos errantes y perdidos, dándolos nuestra sangre, religión y lengua, realizando el plan de Dios, del Padre cariñoso que supo dictar las «Leyes de Indias», civilizando, en el cabal sentido de la palabra, estableciendo el reino de la paz, de la justicia y del derecho, y continuando la obra del Evangelio, de los apóstoles de la Iglesia universal, la obra redentora de Jesucristo, que para eso, únicamente para eso, vivió en la tierra y habitó con los hombres.

No se me oculta que por esos caminos se llega á la independencia de las colonias; pero así como algunas (3) vivieron pacífica y felizmente por espacio de tres siglos á la sombra de la cruz, más tiempo hubieran continuado de esa manera si los miasmas de la impiedad y de la corrupción administrativa, más terribles que los del cólera, no hubieran asolado á aquellas hermosísimas comarcas. De todos modos, si ese sistema de colonizar es un error, creo que debe abrazarse con él toda alma honrada. ¡Bendito sea el error!

Yo bien sé que hoy no dominan estas corrientes y doctrinas; que hoy no se combate por una idea santa, sino por el hecho de la fuerza bruta y material; que se conquista matando ó esclavizando las razas por egoísmo, por ambición de una isla ó un continente, por un pedazo de gleba, como lucha el tigre por un pedazo de carne; que no se considera á las almas como hijas de

---

(1) En el año 1877 perecieron los últimos tasmanios.
(2) Hasta se empleó, para destruirlos, la estricnina mezclada con los alimentos.
(3) Filipinas, por ejemplo.

Dios, creadas, conservadas y redimidas por El, y como hermanas de la gran familia terrena que después formará parte de la familia divina, sino sólo como viles instrumentos de la diplomacia de las grandes naciones, como juguetes de la barbarie europea y americana, pese á la civilización y al progreso mal entendidos; que hoy se conquistan territorios, no para redimir á las personas, sino para llevar las hermosas pieles de sus animales á los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores y perfumes del taller, de la fábrica y del tocador; para extraer de las minas las substancias con que se forjan espadas y puñales ó grandes acorazados y formidables cañones, que constituyen el trono con que la diosa Materia rueda por el mundo aplastando cruentamente á infelices muchedumbres.

¡Oh señores! Si el progreso consiste únicamente en esas conquistas, si sólo sirve para ostentar grandes comodidades materiales y ninguna espiritual, ó grandes locomotoras que salvan montañas y riscos inaccesibles, ó gigantes máquinas de vapor que se mecen al compás de las ondas alborotadas, llevando á todas partes el soberano concierto de las humanas industrias, sin que hinche las blancas velas el soplo vivificante de la caridad católica, sino el viento asolador de la ambición y el egoísmo: si el progreso consiste en la inicua selección de razas, donde las naciones fuertes y poderosas, como se dijo hace poco, vencerán en la lucha por la existencia, devorando y aniquilando á las débiles y enfermizas..., entonces ese progreso no es el progreso legítimo. Yo admiro y aplaudo como el más entusiasta los adelantos y descubrimientos del siglo XIX, pero no puedo aplaudir el fin á que se los subordina y sujeta; porque yo creo que en la tierra hay algo más noble que ellos: el alma, el espíritu, que no están sometidos únicamente á las leyes de la materia y la fuerza, sino á otras más sagradas, como son las del derecho y la justicia, la abnegación y el sacrificio, la caridad, la fe y la esperanza: yo amo el progreso en Dios por Jesucristo, nunca el progreso exclusivamente positivista, calculador é insaciable: yo admiro el concierto material de las industrias humanas; pero más el concierto moral de las industrias divinas: yo admiro esa inmensa red de hilos telegráficos que enlaza á los pueblos con los pueblos, y la luz eléctrica de las fábricas y de los talleres; pero admiro y amo más intensamente los lazos de la caridad y del amor que

unen las almas con las almas y la luz del espíritu, que es la gracia de Dios, sin la cual todo es obscuridad, miseria y podredumbre: yo creo con Felipe II que valen más que las mirras del Arabia los sentimientos despertados en un corazón salvaje por la voz de un apóstol y la salvación de un negro que el dominio de todas las colonias: y creo, por último, que si en la Exposición que se celebrará en París en 1900, el espléndido y admirable progreso de la materia no está coronado, como no lo estará, por el progreso moral, ha de ser como la estatua de Nabucodonosor en la profecía de Daniel (1), al menor soplo de la Providencia será derrocado el ídolo y convertido en polvo: esa es la historia de las naciones idolátricas (desde el imperio de Babilonia á los tiempos presentes) que no buscaron la gloria de Dios, principio y fin de la creación universal.

Esa gloria buscó Felipe II, á semejanza de todo nuestro pueblo, y por eso fuimos grandes como el de Israel. En el día de hoy, en que España no tiene por ideal esa gloria, porque rompió todos los lazos que la ligaban con ella y carece de unidad de creencias, de sentimientos y aspiraciones, y adora otros dioses distintos del Dios de Felipe II, España, como Israel, «queda en fábula y en proverbio para todas las gentes, que preguntarán: ¿por qué obró así el Señor con esta nación? Porque olvidó á su Dios y su ley» (2) Dejad, señores, que al comparar tiempos con tiempos, amplíe y comente, aplicándolos á la patria, los trenos de Jeremías: «España, que era antes la señora del mundo, hoy gime en la esclavitud y en la miseria, y no hay quien la consuele, porque en la tierra no hay justicia; ha visto conculcados sus derechos legítimos: lágrimas de dolor escaldan sus mejillas, porque sus mismos hijos le hicieron traición y las naciones amigas cometieron con ella el gran crimen del silencio, viendo cavar la tumba de su poderío y libertad. *Non est auxiliator*. Todos sus perseguidores la arrollaron, dejándola llena de angustias: sus plazas y caminos cubiertos están por el luto y la desolación: y gime porque ya no vendrán las gentes á su Pascua de gloria, de su poder, santidad y sabiduría. Sus enemigos se hicieron ricos y poderosos, y ahora se reparten las últimas reliquias de sus colo-

---

(1) Cap. II.
(2) III Reg., IX.

nias, y se apoderan aún de los mezquinos tesoros de su erario. En los campos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas yacen tendidos, y quizá insepultos, los cadáveres de sus hijos, que servirán de pasto á los buitres. Con la cadena de la esclavitud al cuello y la vergüenza en el alma, se ha hecho vil y despreciable: *facta est vilis.* Ya no tiene ley ni profetas, ni estadistas, ni venerables magistrados que la consuelen ó dirijan, ni poetas, ni vírgenes, ni ancianos que canten su dolor: *conticuerunt senes filiae Sion.* Sólo reina el silencio de los sepulcros ó se oye á lo lejos el grito salvaje de las revoluciones. Las entrañas de la patria se estremecen porque sus hijos pequeños no hallaron alimento: pidieron pan, y no había pan ó quien se lo repartiese. Sus hombres públicos vieron cosas falsas y estúpidas, y no los peligros que iban á venir. Los visitantes extranjeros movieron la cabeza con irrisión, exclamando: ¿ésta es España?, y ella puede decir: ¡oh vosotros los que cruzáis el camino de la vida, mirad si hay dolor igual á mi dolor! ¿A quién te compararé, Reina del mundo, si tu amargura es grande como el mar?»

¡Cristianos y españoles! ¿Dónde está el Nehemías que sobre las ruinas que lamentamos levante los muros, las almenas y las torres de esta santa ciudad de la Patria que fué el pueblo de Dios, el brazo del Catolicismo y la salvación de Europa? ¿Dónde está el Felipe II que tenga compasión de nosotros, como la tuvo él de Malta y de Venecia? Dejemos los destinos de España en manos de la Providencia que rige y gobierna la vida de los individuos, de las naciones y los imperios. Pero hace falta ¡oh españoles! volver el corazón y los ojos á los ideales antiguos de Felipe II y de la España del siglo XVI, únicos que pueden resucitar á una nación muerta. Extinguida la luz de lo alto en las almas españolas que cruzan el desierto de la vida sin saber adónde van; perdidos el secreto de la vida nacional y aquella fortaleza viril, aquel valor y aquella majestad enérgica de la España de otros tiempos; extinguida ó agostada en los corazones la virtud de la fe que no se abate, que no se rinde, que no capitula ante los cañones de los tiranos, la hoguera y la cuchilla, en los días de los grandes infortunios; ante el universal martirio de España y la cruel perspectiva de las desdichas futuras que van á cubrir este suelo bendito que honró con sus pies la Virgen del Pilar, Señores, hace falta la fe, que es el consuelo y el principio de la vida

material y moral de los individuos, de los pueblos y las razas. Hace falta contar, más que las tropas militares, los ejércitos de la fe, los cruzados de la fe: que España entera venga á prosternarse ante las cenizas de los mártires y atletas de la libertad cristiana, para que despierte nuestro león dormido y salgan héroes llenos de fuego santo, como los de Tolosa, Lepanto y San Quintín, como Felipe II, que sepan defender su religión y su Patria: *vindicabo gentem, et sancta.*

Tened, pues, fe en Dios y en su providencia; buscad primero su reino, no el reino de los apetitos, como se busca hoy, sino el reino de los cielos, el de la resignación y la virtud, como se buscaba en el siglo XVI; entonces Dios os dará todo lo demás por añadidura, enviándoos (importa poco el saber por dónde ha de venir) al Nehemías que reedifique la ciudad santa española, al Felipe II que barra para siempre del suelo patrio á los inicuos que la hicieron rodar á este espantoso abismo, á los responsables de todas las presentes y futuras desdichas; que mate los gérmenes de la impiedad y la corrupción que dejaron en esta tierra, bella y fecunda, convirtiéndola en yermo desnudo y estéril. Entonces España empezará otra vez la carrera de la vida y volverá á tener el puesto que tenía en el concierto de las naciones europeas.

¡Oh «Rey de los reyes y Señor de los que dominan» (1) «por quien dan sus leyes los Príncipes» (2) y «á cuya luz caminan los Soberanos» (3); «Rey inmortal de los siglos á quien sólo toca el honor y la gloria» (4); «¿quién no te temerá, Rey de las gentes» (5) «cuando derrames tu ira sobre los pueblos que no invocaron tu nombre?» (6).

¡Acuérdate, Señor, de lo que hicieron por Ti nuestros abuelos, que elevaron con su sangre y con sus lágrimas altares á tu honor y culto; acuérdate de aquel gran Rey, cuyo centenario celebramos, que buscó tu gloria y dilató tu imperio; que fué símbolo de nuestra raza y de nuestra robusta unidad espiritual;

(1) I Tim., VI, 15, y Apoc., XIX, 16.
(2) Prov., VIII, 15.
(3) Isaías, LX, 3.
(4) I Tim., 1, 17.
(5) Jerem., X, 7.
(6) Psalm, LXXVIII, 6.

que te consagró este templo magnífico, en testimonio de su piedad; que siendo el monarca más grande de la tierra, por tu amor redujo su morada á una vivienda mísera; que oró fervorosamente ante esos altares benditos; que sufrió por Ti dolores increibles y las calumnias sangrientas de los enemigos del mundo, que son tus enemigos; que en Ti creyó y esperó: *in Te speravit et credidit!* (1)

Pero á la vez que te pedimos el eterno descanso de aquel Rey *requiescat in pace*, te pedimos que te apiades de la pobre España de Felipe II, que ve desaparecer en este centenario, su inmenso poderío; acuérdate, Señor, de lo que nos ha sucedido; nuestra herencia se halla en manos ajenas; hemos quedado huérfanos, y nuestras madres quedaron viudas; toda iniquidad se consumó. *Miserere*: ¡acuérdate de esta Patria que te invoca desde el abismo de su impotencia y miseria: *de profundis clamavi ad Te, Domine* (2); escucha nuestras súplicas! ¡Que el fin del siglo XIX no sea el fin de España; que siglo de tantas maravillas y grandezas no sea para nosotros de ignominias y de sombras; que tu maldición divina no cubra como lápida mortuoria el sepulcro de esta gran nación, que luchó como ninguna por tu gloria y por tu nombre! Amén.

---

(1) Missa pro Defunct.
(2) Psalm. CXXIX, 1.

A. M. D. G.

NUEVA LUZ Y JUICIO VERDADERO

SOBRE

FELIPE II

POR EL PRESBÍTERO

D. JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA

Auditor del Supremo Tribunal de la Rota.

SEGUNDA EDICIÓN

Adicionada con notas y documentos importantes.

En esta obra, tan conocida de todos, se vindica la memoria del Rey Prudente, el incomparable D. Felipe II; y estando de antemano tan favorablemente juzgada y recibida de Europa y fuera de ella, no necesitamos recomendarla, por haberlo hecho ya con la debida justicia los múltiples elogios que á la primera edición tributaron las Revistas nacionales y extranjeras. Este libro resulta ser el estudio más acabado que hasta el presente se publicó sobre el dicho rey de España D. Felipe II. Consta de un tomo en 4.º, y es su precio **5 pesetas.**—Hállase de venta en las principales librerías, y especialmente en la de su editor, D. Gregorio del Amo, calle de la Paz, 6 Madrid, donde pueden hacerse los pedidos. Se halla á la venta la nueva obra del mismo autor *Más luz de verdad histórica sobre Felipe II...*, complemento de la anterior.

MAS LUZ DE VERDAD HISTÓRICA

SOBRE

FELIPE II EL PRUDENTE Y SU REINADO

Con documentos inéditos,

descripción novísima de El Escorial, por D. José Fernández Montaña, Pbro,, auditor del Supremo Tribunal de la Rota española.

Se halla asimismo en venta esta importantísima obra, esperada por los amantes de la historia, y sirve de complemento á la otra del mismo autor, titulada

NUEVA LUZ Y JUICIO VERDEDERO SOBRE FELIPE II

Consta de un tomo en 4.º, de cerca de 700 páginas, y se vende al precio de **6 pesetas** en rústica. A los que compren de una vez las dos obras, se les darán por **10 pesetas**.

Los pedidos á D. Gregorio del Amo, editor, calle de la Paz, número 6, Madrid.